

Descanso en la fatiga: “...se sentó junto al pozo”

(Jn 4, 6b)

Hna. Arantxa Jaca

I. INTRODUCCIÓN

¿Por qué he elegido este texto tan conocido y tan explicado de “La mujer Samaritana” para prepara este último retiro del curso? Si me pongo a pensar sé que brotarían en mí tantas razones como el agua que va surgiendo en el fondo del pozo, pero, sobre todo:

- Porque me suena a descanso hondo, a un nuevo descanso, a un descanso fruto de un encuentro especial.
- Porque es adentrarnos en un encuentro con experiencia amorosa verdadera y honda, que hace situarse ante la realidad con firmeza, sin caretas, para dar lugar a una nueva vida impulsada, empujada por una nueva Agua, por un nuevo Amor, por algo nuevo que se ha vuelto esencial y empuja a ser testigo de ello en el día a día.
- Porque la samaritana se me hace mujer especial, nada convencional, por su personalidad, su carácter, su naturalidad, su sinceridad... Y, con su carácter franco, nos reclama a ser personas de pensamiento, de reflexión, de reacción, de cuestionamientos, no de sumisión sino de participación y servicio..., desde una experiencia y un sentir profundo.
- Porque, además, de invitarnos a descansar, nos pone en tesitura del hacia dónde.
- Porque después del ajetreo viene bien el descanso sereno y sosegado.

II. INICIO

«Allí estaba el pozo de Jacob. Jesús, cansado del camino, se sentó junto al pozo. Era cerca del mediodía. Llega una mujer de Samaría a sacar agua y Jesús le dijo: “Dame de beber”» (Jn 4, 6-8).

Es mediodía. El calor es plomizo y hay sombra profunda en el pozo...

Puede que sea nuestra situación, después de unos meses atareados..., y sentimos el calor plomizo de todo este tiempo que, quizás, en más de una ocasión, se nos ha hecho “cuesta arriba” en muchos aspectos; y el pozo al que acudimos a sacar el agua para refrescarnos por fuera y por dentro tiene una sombra profunda... Y, tenemos ganas, sin más, de sentarnos junto al pozo a descansar...

Es la imagen que vamos a tener durante este retiro: sentarnos junto al pozo a descansar y a refrescarnos. Por lo tanto, dejaremos el cántaro que llevamos con nosotros junto al pozo. Pero, esta vez, lo dejaremos estar, como lo hizo la samaritana para echar a correr a donde sus vecinos. Pero nosotros no echaremos a correr, sencillamente nos paramos y nos sentamos, junto con Jesús, para descansar de nuestra fatiga.

Este cántaro es símbolo de las preocupaciones de cada día (varias veces cada día había que ir a sacar agua y, ello, configuraba la jornada). Nosotros no tenemos que ir a sacar agua material, pero sí tenemos muchas otras preocupaciones que, seguramente, nos configuran la jornada. Por lo tanto, en este primer momento, vamos a intentar que esas preocupaciones también descansen... Y vamos a ayudarnos de un texto para acercarnos a la verdadera necesidad:

“Hago necesidad de todo, y difícilmente puedo prescindir de las cosas que, sin embargo, encubren lo importante y lo esencial. Así:

Me agarro a lo supérfluo para negar lo necesario.

Tengo necesidad de Dios, pero, al mismo tiempo, tengo miedo de admitirlo.

Tengo necesidad de ternura y, sin embargo, me cubro con una máscara de dureza.

Tengo necesidad de escuchar y continúo hablando.

Tengo necesidad de libertad, pero me he hecho amigo/a de las cadenas.

Tengo necesidad de sabiduría antigua y me alimento de otras páginas.

Tengo necesidad del Evangelio, pero, por si acaso, recurro a hojas de piedad.

Tengo necesidad de convicciones profundas y pretendo sobreflotar sobre la epidermis del entusiasmo.

Tengo necesidad de meditación seria y sigo haciendo gárgaras con eslóganes y fórmulas.

Tengo necesidad de fantasía y renovación y me obstino en copiar de todo y de todos.

Tengo necesidad de conversión y no hago más que quejarme de los demás.

Tengo necesidad de sinceridad hacia mí mismo y me empeño en anestesiar mis heridas más hondas contándome fábulas que ni siquiera encierran lo peor de una mala poesía.

Tengo necesidad de ejemplo, de maestros, de modelos verdaderos pero dedico más tiempo a otras palabrerías.

Tengo necesidad de morir como el grano de trigo enterrado bajo la tierra y persigo el triunfo, los consensos fáciles, los resultados inmediatos.

Tengo necesidad de misterio y exijo que todo se claro, lógico, capaz de infundir seguridad, evidente, garantizado.

Tengo necesidad de decidirme, de comprometerme, de cortar y rehúso el riesgo.

Tengo necesidad de lanzarme a la aventura y no abandono la confortable sala de espera.

Tengo necesidad de esperanza y me dejo deslumbrar por ilusiones doradas.

Tengo necesidad de una moralidad que no sea moralismo, de verdades enteras y no de medias verdades, de auténtica plegaria y no de devocionismos, de espiritualidad robusta y no de sentimentalismos, de fe y no de milagristas, de compromiso y no de veleidad, de fidelidad y no de emociones, de caridad y no de palabrerías que a nada conducen, de capacidad de sacrificio y no de victimismo, de humildad y no de discursos sobre la humildad, de algo que tengo ante los ojos y no lo veo...

Tengo necesidad de dejarme amar, de dejarme hacer, de dejar que se me entreguen...

En resumen, tengo necesidad de... tener necesidad.

(Un pequeño silencio...)

Haz, Señor, que esté dispuesto/a a descubrir el origen de mi sed profunda y permíteme descansar junto a Ti. Amén

III. CINCO MOMENTOS DE UN ENCUENTRO

A continuación, vamos a ir desgranando poco a poco el texto evangélico e intentando no quedarnos fuera de la escena, sino sentirnos la samaritana.

* PRIMER MOMENTO: En lo cotidiano

Jesús deja Judea porque no se fía de los fariseos que empiezan a verle como alguien diferente (*¿Cómo es que éste bautiza y hace más discípulos que Juan?* Cfr. Jn 4,1. Hay sospecha). No se siente acogido, aceptado del todo. Va hacia Galilea y decide ir por el territorio de Samaría, con sus discípulos. El camino debía de ser duro, porque cuando llegó al pueblo de Sicar y, vio un pozo, se sentó junto a él a descansar. No andaría lejos del agotamiento, porque dice que era cerca del mediodía. Con lo cual, es fácil que estuvieran andando toda la mañana por áridos y secos caminos; y, además, no fue capaz de acompañar a sus discípulos a comprar comida. Seguro que, también, el hambre hace mella en su estómago. Se para, se sienta y disfruta de la tranquilidad de estar solo.

¿Se me hace cercano ese Jesús que decide marcharse para no crear conflictos, opta por el trazado más asequible sin añadir dificultades extras a las que ya hay en la vida, y se siente agotado, hambriento y decide descansar? ¿Me dice algo?

* SEGUNDO MOMENTO: Encuentro atrevido

«Llega una mujer de Samaría a sacar agua y Jesús se atreve a pedirle, a mostrarle su necesidad sin pensarlo mucho: “Dame de beber”. La samaritana dijo: “¿Cómo tú, siendo judío, me pides a beber a mí, que soy samaritana?” (Jn 4, 6-9)».

Curioso: es mujer, no tiene nombre, encima, es de Samaría, y, por si fuera poco, habla con un hombre. Se sabe que los varones judíos no hablaban con las mujeres en la calle ni en público; además, samaritana y de una reputación un tanto cuestionable. Y, si los varones no hablaban con las mujeres, menos se dirigirían las mujeres a un hombre. Así que la sorpresa de la mujer sería mayúscula al ver que un judío era capaz de transgredir la norma. Pero, no deja de ser menos sorprendente que la mujer le responda, además, con ese tono de ironía, de picardía y, seguramente, que con una mirada un tanto sugestiva, añadiendo una pregunta, para rematar. Habría cruce y encuentro de miradas. Ella también es muy atrevida. Lo podía haber solucionado con un simple gesto, con un no hacer caso..., pero no se conforma. Algo extraño sucede: hombre, judío y, encima, le pide ayuda porque se siente desmoronado (¡un hombre desmoronado ante una mujer, y mucho más antes!). Seguramente, estaría acostumbrada a que los hombres se dirigieran a ella sin medir más palabra que pedirle o exigirle “sus servicios”. Intuye ya que este hombre es diferente a los demás. Percibe que se ha situado en el plano de igualdad, de quien necesita y sabe pedir y ofrecer. Surgía una relación nueva: la marginada tenía algo que ofrecer; se sentía útil, valiosa, igual. Se produce un encuentro sin barreras en lo básico. Un encuentro de este tipo no se olvida. Además, el agua que se pide es algo más que agua, significa acogida, hospitalidad. Y Jesús andaba necesitado de ello (recordemos que tuvo que marcharse de Judea porque no se sentía acogido).

¿He pensado alguna vez que Jesús me esté pidiendo, también, a mí, que le dé de beber, que le acoja en mi vida? ¿Me creo, me cuestiona, me mueve su petición? ¿Cómo le respondo yo?

*** TERCER MOMENTO: Necesidad compartida**

«Jesús contestó: “Si conocieras el don de Dios y quién es el que te dice: Dame de beber; tú le habrías pedido a él y él te habría dado agua viva”.

La mujer le dijo: “Señor, no tienes con qué sacarla..., y, ¿de dónde sacas esa agua viva?”.

Jesús le respondió: “El que bebe esta agua tendrá otra vez sed, pero...”.

La mujer: “Señor, dame esa agua...”» (Jn 4, 10-16).

Desconcertante la respuesta de Jesús. No creo que la samaritana entendiera mucho lo que le decía, pero percibía que le estaba hablando de otra agua distinta de la que se saca del pozo. Y, por las respuestas posteriores, vemos que crea en ella expectativa, se siente vibrar y desea “saborear” esa agua de la que Él le hablaba, y por eso le brotan preguntas; lo quiere saber todo. Y no porque es mujer, sino porque es la actitud de quien se siente tocado, alcanzado el corazón y quiere llegar hasta el fondo. Las palabras y, otra vez, la mirada que es profunda y cala, pone “carne de gallina”, porque siente que es mirada con mucho amor; percibe una mirada que no es expresión de deseo posesivo o disfrute, sino de deseo de plenitud para ella. Es una mirada, además, entre hombre y mujer, entre diferentes pero en complementariedad, que puede llegar a descolocar.

El agua que ofrece no necesita cántaro, porque es un nuevo estilo de agua; es un agua que salta hasta lo profundo del ser y lo sacia; llega hasta la raíz. Es una propuesta muy atrayente y sugestiva para un corazón desasosegado: apagar para siempre la sed del corazón = encontrar sosiego. La emoción, el gozo, la ilusión de que ha encontrado para siempre algo que estaba perdido.

¿De qué tengo sed? ¿Le he dicho o le digo alguna vez a Jesús que me dé a beber de “esa agua”? ¿Las palabras de Jesús me hacen vibrar lo más hondo de mis entrañas?

*** CUARTO MOMENTO: Confesión**

«Jesús le contestó: “Ve a llamar a tu marido y vuelve”.

La mujer le contesta: “No tengo marido”.

Jesús le dice: “Bien dices que has tenido cinco maridos y el que ahora tienes no es tuyo...”.

La mujer: “Señor, veo que tú eres profeta. Nuestros padres adoraron a Dios en este monte...”.

Jesús: “Créeme, llega la hora en que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad...”.

La mujer: “Sé que vendrá el Mesías, y nos lo aclarará todo”.

Jesús: “Yo soy, el que habla contigo”» (Jn 4, 16-26).

El encuentro con Jesús le llevó a enfrentarse a su realidad misma. Parece que la mujer estaba un poco incómoda con las expresiones de Jesús y, por ello, sus respuestas son un tanto evasivas. Pero, aunque le incomodan no calla. Hay algo que le quema por dentro que le lleva a compartir. Jesús aprovecha ese tirón y ese “caerle” especialmente bien a ella, para hacerle sacar su realidad y situarla ante ella misma, pero no para restregarse en ella, sino para que asuma y ello sea ocasión de nueva vida. Jesús no pone en manos de la samaritana un espejo en el que pueda mirarse y, tal vez, sentir estupor. Al contrario, le pone ante sus ojos un icono, el icono de lo que puede ser de aquello en lo que puede llegar a convertirse, de una belleza que ha de conquistar, de una armonía que debe volver a encontrar, y hacer que nazca la mujer nueva.

Cinco maridos y está con alguien que no es su marido. Por lo tanto, seis parejas en no mucho tiempo. Algo no funciona: dispersión, multiplicidad...

Hay que dar un salto cualitativo en este momento. Realmente la samaritana es una mujer con una situación matrimonial irregular; pero, ahora, representa, es imagen de esa tierra de Samaría que tiene un culto idolátrico. En su momento, los de este pueblo-tierra habían abandonado al verdadero Dios rindiendo culto a dioses extranjeros, como consecuencia de que el rey de Asiria al tomar Samaría, había traído gente de cinco regiones distintas para reprobar el país. Y los inmigrantes llevaron consigo, de sus ciudades, sus divinidades propias, a las que continuaron rindiendo culto de adoración; si bien, adoptaron también el culto de Yavhé. Por lo tanto, Samaría, en la figura de esta mujer, estaba cometiendo un auténtico adulterio abandonando al Dios verdadero por “ídolos que no apagaban la sed”. Y Jesús estaba denunciando su idolatría, los “lugares” de culto a Dios, los auténticos ídolos que se poseen.

Jesús no sólo presenta al verdadero Dios al que hay que darle culto, sino, también, el nuevo lugar de encuentro. Ya no será el culto samaritano ni judío, sino que será un culto nuevo: “*espíritu y verdad*”. Y ese espíritu es el amor; por lo que ese nuevo culto es la práctica del amor fiel.

La situación ha cambiado totalmente: Jesús había comenzado el encuentro con la mujer ofreciéndole la oportunidad de que ejerciese con Él ese amor solidario y, ahora, es Él el que se ofrece a sí mismo como don. Pero se ha ofrecido en un segundo momento. Primero, ha querido conocer la disposición de la mujer. La opción, por lo tanto, es desde la libertad, desde la madurez, desde el amor, no desde la imposición y el infantilismo. Él siempre espera: “*Vuelve*”, -le dice-.

Es mediodía, y el sol luce y calienta con intensidad. A esa intensidad ha llegado, también, el diálogo, la conversación, el compartir: “*Sé que vendrá el Mesías...*” (la mujer intuye algo, pero no se atreve a afirmar con radicalidad); “*Soy yo, el que habla contigo*”.

¿Qué lugares de culto tengo yo? ¿Cómo es mi culto? ¿Cuáles son “mis maridos” y a cuáles les rindo culto? ¿Qué espíritu me mueve?

*** QUINTO MOMENTO: Mensajera del encuentro**

«La mujer dejó su cántaro y fue a la ciudad a decir a la gente lo que le había sucedido y vivido.

Salieron de la ciudad y fueron adonde estaba Jesús...

Y decían: “No creemos ya por lo que tú nos has dicho; nosotros mismos lo hemos oído y estamos convencidos de que...”» (Jn 4, 28. 40-52).

Sería precioso ver la escena de una mujer que echa a correr a la ciudad porque se le están quemando las entrañas de pasión, de vivencia, y no puede callar. Necesita ir y anunciar a sus

paisanos que el Mesías está en “casa”. No lo piensa dos veces. Decidida, deja el cántaro (sus preocupaciones, las antiguas tradiciones), y vuela. No le pesa el cuerpo, ni el calor del mediodía. Todo en ella está ligero porque todo lo que escondía dentro ha salido, los amores se han convertido en uno solo... Desde luego que la experiencia que ha tenido ha debido de ser impresionante y fulminante. El grado de intensidad alcanzado es inimaginable.

Ella se ha encontrado con la “fuente de agua viva y eterna”, pero también quiere que cada uno de sus paisanos lo encuentre. Les invita a hacer su propia experiencia: “¿Será éste tal vez el Mesías?”. No abriga la pretensión de convencerlos con argumentaciones teóricas, sino que también tienen que hacer su propia experiencia. No hay una solución, una respuesta prefabricada o diseñada. La samaritana no ha aprendido el catecismo, no ha asistido a cursos especializados, no se ha familiarizado con las técnicas de acción pastoral. Por eso, su testimonio es simplísimo, elemental; pero, nada menos, que basada en la propia experiencia. Un testimonio que hace entrever una realidad fascinante que no ha hecho más que empezar, porque se ha llegado a un punto, pero no punto de llegada sino de partida.

Y hay un tercer aspecto, en este quinto momento, tremendamente importante: la discreción. “No creemos ya por lo que nos has dicho; nosotros mismos...”. Seguro que la samaritana se sonreiría de satisfacción, de gozo por ese encuentro y hallazgo de sus convecinos. Es capaz de iluminar, pero se muestra dispuesta a desaparecer. Desde el momento en que el personaje principal ocupa el centro de la escena, ella puede quedarse quieta en un rincón, sin molestar. Ella sabe que no es la protagonista.

¿Mi experiencia de Dios me lleva a anunciarlo en lo cotidiano? ¿Cómo? ¿Resultado ser ayudante o protagonista del encuentro?

IV. ECOS DE UN RELATO O VISIÓN PANORÁMICA

El pozo tiene sabor, es símbolo de encuentro amoroso. Allí se encuentran Isaac y Rebeca, Jacob y Raquel, Moisés y Séfora, Jesús y la samaritana.

El encuentro tiene sabor de lo cotidiano. Nada hay programado y todo ocurre con un estilo de espontaneidad bajo el signo de lo ocasional y sorpresivo, sin guión preestablecido en los quehaceres de cada día, en aquello que ha podido convertirse en rutinario, tedioso, poco atrayente.

Ninguno de los dos vacila a la hora de destruir barreras, romper esquemas, no mostrar aprecio alguno por las convenciones. Los dos son astutos y sagaces pero prudentes, al mismo tiempo.

Es admirable la capacidad de diálogo, y la pedagogía de Jesús de utilizar lo más banal, como es una necesidad, para dar el salto a lo más sacral.

Una vez más queda patente que el encuentro verdadero con Jesús nos lleva a plantar cara al presente, al aquí y al ahora. Y que lo que quiere es que rompamos con nuestra situación de dispersión, de multiplicidad, para volvernos a él, con plena libertad, con un corazón indiviso porque es lo que realmente nos hace personas. El encuentro con Él no deja nunca las cosas y a las personas como antes. Lo que parecía urgente deja su puesto a lo importante. Uno se ve impulsado a reconstruir la propia escala de valores. Se descubre lo esencial.

El nuevo culto que Jesús inaugura no es un servicio que se realiza sólo de labios para afuera y a base de gestos externos. Es, más bien, el culto de la persona nueva, nacida del Espíritu, que escucha la Palabra y da fruto en la observancia del mandamiento nuevo del amor.

Finalmente, cuando algo estalla dentro, el descubrimiento personal se hace participación, relato, comunicación narrativa. La mujer no es capaz de quedarse con la noticia para ella. Se siente urgida a misionar.

A lo largo del relato se descubre la importancia de la mirada, del rostro, del diálogo, de intercambio, la escucha profunda. Se descubren signos de ternura, comprensión, dulzura, paciencia, sin concesiones a la facilidad y a lo cómodo.

Y quiero imaginarme la despedida. No se nos dice nada, pero no me resulta difícil pensar en un fuerte, intenso, largo y emocionado abrazo, sin necesidad de palabras en la despedida. Para la

mujer ha sido algo único este encuentro, pero seguro que también para Jesús. Ha habido mucha complicidad, mucho amor, muchas miradas cruzadas en juego, y necesita ser sellado, ratificado. Han llegado y han tocado lo más humano para acceder a lo divino; y como nada de lo humano le es ajeno a Dios, qué mejor que un abrazo lleno de amor, reflejo del abrazo eterno del Padre que ama.

V. EL DESPUÉS: ¿A DÓNDE HA IDO A PARAR EL CÁNTARO?

«Creo que al final tú fuiste a recuperar tu cántaro. En un primer momento te hiciste la ilusión de que el agua ofrecida por aquel judío, tan distinto a todos los demás, podría haberte dispensado de la molestia de regresar al pozo a sacar con fatiga el agua de las entrañas de la tierra.

Pero después seguramente te has dado cuenta de que Jesús no dispensa a ninguno de la propia dura tarea, no dispensa a nadie del trabajo, de las dificultades, de las molestias, de los compromisos de la vida cotidiana. Fuera te has encontrado con las situaciones onerosas de siempre. Sin embargo, las has asumido “de una manera distinta”.

El camino hacia el pozo no ha cambiado. El Maestro no te ha mostrado atajos. De todos modos, aun en lo de siempre, la orientación se ha modificado.

Jesús no dispensa a nadie de las horas difíciles –y son abundantes, incluso en una misma jornada-. Pero les confiere un significado.

Gracias al encuentro con él, tu “terrible cotidiano” se convirtió en algo parecido a una liturgia. Por eso te has dado cuenta de cuán ridícula era tu cuestión acerca del “lugar” de culto, el monte Garizín, para ti familiar, o Jerusalén. Aquel cántaro aun siendo igual de pesado que antes, ha adquirido un valor sagrado. Por esta razón no es posible que lo hayas abandonado allí»¹.

VI. LA SAMARITANA NOS HABLA

Te deseo que la vida te ofrezca experiencias de encuentro semejantes al mío y que aprendas a relacionarte así, para que seas tú también lugar de revelación y encuentro con Dios. Ojalá que, igual que yo, te encuentres con Jesús en el “pozo de Jacob” de tu vida.

Desearte, también, que Jesús, igual que hizo conmigo, te revele dónde puedes encontrar y saborear esa agua viva que Él vino a ofrecer. Escucha cómo aquí y ahora, como a mí hace siglos, te dice: “*Si alguno tiene sed, que se acerque a mí, y que beba... de su entraña manarán ríos de agua viva*” (Jn 7,37-38). Que te suceda, te lo deseo yo, una mujer con sed de agua viva.

Ojalá en este momento de tu vida te encuentres con profetas, como yo me encontré con el Nazareno, para que te abra los ojos y comprendas al fin dónde y cómo puedes ofrecer al Dios verdadero un culto auténtico.

Te deseo que lo fastidioso de cada día no apague en ti el deseo de ir y anunciar tu gozosa experiencia de encuentro, y el compromiso de ayudar a otras personas a ponerlas en el camino del auténtico encuentro.

VII. LAS PALABRAS QUE ME BROTAN JUNTO AL POZO...

Es momento de compartir... Después de haber dado el tiempo necesario durante este retiro para ahondar, reflexionar, adentrarnos en nuestro “pozo” y descansar con Jesús, algo nuevo nos brotará como mensaje o como palabra para repartir o subrayado de vida...

Como momento final, podríamos escuchar y acoger, como oración, un salmo del Evangelio que nos propone Pedro Trigo, sj. Puede resultar un poco larga, pero merece la pena como recorrido de este gran relato y encuentro, pero, ahora ya, en forma de oración, de salmo de alabanza al Dios de la Vida y del Amor:

¡Qué cadena de necesidades la de la Samaritana!

¹ *Las mujeres que encontraron a Jesús*, Alessandro Pronzato, San Pablo 2002.

¡Tanta sed, y tan lejanas e inconstantes las fuentes donde saciarlas!
Todos los días salía del pueblo y se acercaba hasta el pozo de Jacob.
Regresar a mediodía con el cántaro en la cabeza le daba sed y le hacía sudar.
Si bebía y se bañaba, ya se quedaba sin agua.
Todos los días tenía que ir varias veces hasta el pozo.
Pero la cadena de la sed era aún más íntima:
Muchos hombres habían pasado por su vida, y ninguno pudo saciar su sed de cariño;
cisternas agrietadas fueron para ella los pozos adonde fue a beber su corazón;
Y acabó bebiendo en los charcos, muerta de sed, sin esperanza.
Tú también eras para ella una fuente de esclavitud:
para cumplir contigo tenía que ascender a un monte, subir la cuesta del tempo y de los rituales.
La sed la mantenía viva: necesidades materiales, ansia de encuentro humano, deseo de Ti;
la sed la llevaba a traspasar los muros de su cuerpo, la empujaba más allá de sí misma.
Pero esa misma sed la mataba, la ataba a un pozo y a un templo
que daban escasamente la misma vida que se gastaba para allegarse hasta ellos
y a unos varones que exigían mucho más de lo que daban.
La samaritana estaba muy cansada de buscar la vida, pero sus pasos seguían,
-más allá incluso que su esperanza, que era ya un cántaro quebrado-, más fieles que su voluntad.
¡Qué tesoro tan grande diste, Señor, a la Samaritana! El tesoro de su sed.

Y un día, ella, la que vivía buscando agua, marido y Dios,
se encontró con otro que también buscaba,
Que le pidió precisamente a ella, que le pidió agua a la sedienta.
¿Otro más queriendo aprovecharse de ella? Pero éste no prometía, no fingía nada;
simplemente, pidió, aunque sabía que las reglas del juego no estaban a su favor.
¿Habría alguien con más sed que ella?
Aquel encuentro no cabía en sus esquemas, y tuvo que preguntar.

Entonces Jesús fue removiendo a la vez su sed y su deseo.
Al llegar a la herida, la mujer lo desviaba para evitar el dolor,
Pero Jesús sajava de nuevo la herida enconada, hasta que quedó completamente al descubierto.
La mujer sintió vergüenza, porque volvió a sentir dignidad.
Reconoció a Jesús y obtuvo de él reconocimiento.
Tras el cauterio, vino la vida a su entraña,
y la que había venido a parar en animal sediento sintió en su seno una fuente;
la esclava recobró la libertad y se fue a dar de beber a sus vecinos.
No se quedó satisfecha; había conocido otra sed, la misma sed que Jesús:
el deseo de dar el don que ella había recibido, el don de la verdad que hace libres.

La Samaritana es un pozo, es un templo;
ha conocido a un hombre distinto a los demás.
¡Qué grande estuviste, Señor, con la Samaritana!
Ella no rehusó el encuentro desnudo con Jesús, y de él salió mujer nueva, ¡espléndida mujer!;
La esclava no se desquitó, se dedicó a liberar.

Que así sea también, Señor, nuestra historia.
Te pedimos la sed de la Samaritana,
y ese encuentro desnudo y verdadero que la liberó,
y esa misión que asumió de pura alegría. Amén.²

² *Salmos del Evangelio*, Pedro Trigo sj, Sal Terrae, Santander 1994